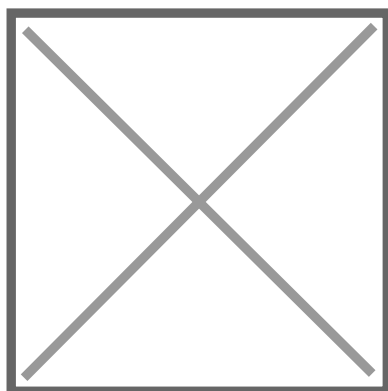




En la Cultura

ADOLFO COUVE

Un orfebre silencioso

Con las antenas de su sensibilidad a cuestas, el escritor chileno vuelve por el estrecho pasaje de las vidas inventadas y ajenas.

Ana María Terrón

UNA voz de resonancias propias, la de Adolfo Cousse. De sus mundos han nacido, por lo menos, dos pequeñas pero hermosas joyas: *El Picadero* y *La lección de pintura*. De un nivel similar es, por lo demás, *El tren de cuerda*, y a lo agregamos estas dos novelas como que ahora publica en un solo volumen, la calidad global de su producción bastaría a juicio del propio interesado, "para obtener, en justicia, el Premio Nacional de Literatura".

donde de una elaboración ardorosa y, por cierto, implacable, que se mantiene fiel al principio—algo despreciado—de actuar (también en literatura) como un "cuchillero".

Alejado de estereotipos literarios, que, en lo técnico, para muchos constituye el don de las letras, el minucioso trabajo de Cousse—de naturas—se materializa más bien en el núcleo del ser que en la disolución del parecer. Su narrativa, no obstante, jamás apunta a lo esencial diccionario, sino que accede a ello por el camino lateral de la sugerencia estética, como dando un rodeo para no romper la atmósfera

ción de los personajes como en la de los objetos que proyectan su mundo interior. Sobre el mutismo de los elementos, de las cosas ajenas, reduce apenas el silencio de esos seres siempre minúsculos, siempre desvalidos, nunca felices del todo e, incluso... nunca felices. Junto a la nostalgia de un tiempo que fue pero del que tampoco gozaron jamás los propios personajes (al menos, no en la acción novelada, sino apenas en la vaguedad de un recuerdo incierto), aparece el melancólico estallido de los objetos, que no tienen más vidas que las acumuladas sobre sí por el polvo y la périna del tiempo.

Como es de suponer, la acción narrativa es mínima: a un niño de la calle Riquelme llega una madre con su hijo. La charla muerta de la primera contrasta con la honda delicadeza del segundo, la que se manifiesta tanto en la fragilidad de su aspecto físico como en su desamparo intelectual. Todo ojos para mirar y alma para aguilillar, no hay palabras que escapen de su boca. Por él hablan mejor los gestos y las actitudes, los detalles como voceros de su vestimenta, el desahogar negligente sobre sí mismo, la caricia afectiva que busca idealmente consuelo en un par de hombros de la mujer: una muchacha tuberosa, con un abdomen a su misma como el niño, y la repulsa tímida de su madre, acogedora en su sexualidad sin rumbo y por sobre todo, viva. Vigilando desde su sutil de superioridad, la anciana dueña del café extingue su autoritaria presencia por sobre el resaca del inquilino. También ella es, como, una marginada, puesto que su vida se desarrolla "en otra parte" y no precisamente en el empesado callejón de su pasaje.

Un rayo de triste alegría apertura las arrugas ocasionales del padre y el niño al principio, así como un verdadero mar—el desolado mar del mar. Todo esto, sin embargo, en estancias donde no cabe, claro está, el color y donde la monotonía adquiere un sentido autístico.

A otro nivel se sitúa, incluso después de reiteradas lecturas, la estatua de yeso, que no logra captar a fondo la plena atención de lector, a pesar de presentarse como un atractivo cuadro costumbrista. Estructurada sobre la base de un conjunto de cartas "unilaterales" cuya sorpresa estereotípica real es también ambigua.



El escritor-artista Adolfo Cousse, tras diez años de ausencia, entrega una nueva joya literaria.

Sin entrar en pronunciamientos que por ahora no nos corresponden y que menacen, desde luego, un mayor análisis, no resulta difícil hacerse cargo del valor artístico de esta obra que, cuando no se hunde de lleno en los dominios de la belleza, la toca únicamente en la punta de los dedos.

No es otra, en verdad, la manera que tiene Cousse de trabajar con el lenguaje: eligiendo siempre al máximo para que el estereotipo parezca mínimo, nada dentro en su forma los su-

magia. Que no es otra magia que la del momento fugaz, la de la luz escapándose de la retina y, finalmente, la del heroico intento por atraparla.

En *El pasaje* prevalece, por cierto, una visión impresionista de clara influencia impresionista. El espacio, tan estrecho en la física como abismal en la psicológica, se recorre a paso lento, muy lento, con la cámara filmadora en la mano. Hay una finura de muros, una indiscutible delicadeza tanto en la presenta-

Un Orfebre silencioso [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un Orfebre silencioso [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile